

SUTILES VOCES

BEATRIZ ELENA CORONA CHACÓN

Abuela Beatriz: parecías importada de Europa. ¡Tus vestidos eran tan lindos! Cuando el verde lucías, parecía que las lágrimas provocadas por tu risa hubiesen caído gota a gota sobre éste, tiñéndolo del mismo esmeralda de tus ojos.

Altiva, alegre, excelente anfitriona con parientes, amigos y vecinos. Me causaba admiración un hecho ya no muy frecuente: los visitantes aparecían con un trasto con bocadillos y se lo llevaban de regreso lavado y vuelto a llenar por uno de tus guisos, queso o unas aromáticas galletas horneadas por ti. Agua se me hace la boca al memorar el sabor de aquellos panecillos de naranja, acompañados de un vaso de leche recién ordeñada.

Permitido me era colaborar en la preparación de la comida de mi abuelo, colocarla en la lonchera y llevarla a donde él, sudoroso, terregoso y chiflador, trabajaba en la labor. A las doce del día exactas, sin variar, extendías el mantel blanco con flores diminutas en las cuatro esquinas, bajo aquel frondoso árbol, con una sombra sin igual que del fuerte calor del sol nos protegía. Los tres, sobre la tierra, a comer nos sentábamos. Nuestra invitada especial: la naturaleza. ¡Cómo reíamos! La comida se alargaba y mi abuelo decía: “Es hora ya de empezar a trabajar”. De regreso, tomadas de la mano, el tiempo transcurría sin sentir. Tu charla captaba mi atención e imaginación.

Algunas veces, a la hora de dormir, me acurrucaba temblando en tu regazo, imaginando al imponente apache que, según contaba mi abuelo, se aparecía por las noches; entonces, acariciándome manos y pelo, me decías muy quedo al oído: “Duerme... son inventos del abuelo”.

Abuela Elena: mis recuerdos de ti llegan nítidos. ¡Cómo te gustaban los niños! Ellos te querían y respetaban. Con nietos y vecinos una ronda organizabas y, al final, una rica golosina nos brindabas. Mi papá con frecuencia decía: “Los niños son lo más bello del mundo”. Ese sentir a mi padre transmitiste, y yo en sus espejos me miré. Muchas fotos conservabas y cada una de ellas era el inicio de una historia real o improvisada, con comicidades y reveses, que tú me relatabas. Guardabas recuerditos de significado valioso para ti. Conservo esa medalla que te perteneció, hermosa por sus colores y pequeñas piedritas luminosas.

Fuiste amorosa y consentidora; oportunidad no perdías de comprarme juguetitos y demás.

Autoridad y energía, de tu ser emergían, cuando de evitar injusticias se trataba. No las permitiste, ni propias ni ajenas. Pasabas temporadas en casa. Entonces, mis papás con confianza, dejándonos a tu cuidado, salían a bailar y al cine. Cuando lo considerabas prudente, volvías a esa tu casa que mi padre con tanto cariño te construyó y que compartiste con tu hermana. Yo quedaba saboreando la siguiente anhelada temporada. A pesar de tu sonrisa, imposible olvidar el dejo de tristeza en tu mirada, que restaba brillo a esos tus ojos vulnerables y divinos.

De niña, en honor a mis abuelas, unas líneas escribí:

¡Qué dicha!, itoca visitar a las abuelas!

Mis padres dicen que me parezco a una de ellas y llevo el nombre de las dos. Mi amiga me cuenta que su abuela es fría y

renegada, yo le digo: mis abuelas se vuelven chiquillas a mi lado, son divertidas, contadoras de maravillosas historias. Pasmada me dejan sus relatos. Me cultivo y me ilustro con ellas. Bailamos y cantamos sin parar.

¡Me abrazan tan cálidamente! ¡Me reprenden tan suavemente!

¿Por qué se fueron tan pronto mis abuelas?

Mi madre, aún de pañales requería, y mi padre aún no despedía su adolescencia, cuando Dios a su equipo las llamó, transformándose en ángeles guardianes de sus hijos, y en sutiles voces... en mis sueños.

Mi padre pudo constatar el amor de su madre, y yo, leer cartas de ella para él, donde el amor emanaba como delicado aroma a rosas, y la sal de sus lágrimas convertidas en cristales, brillaba en el viejo y amarillento papel.

Mi madre la añoró en cada etapa de su vida, consolándose al contemplar, nostálgica, una estrella que a su madre representaba, recibiendo cada noche, implícitas en su luz, protección y bendiciones.

Mi experiencia como abuela despertó en mí melancolía y deseos profundos de haber conocido y disfrutado a mis abuelas, de manera que me trasladé a mi niñez y escribí una fantasía que me provoca felicidad y lágrimas mientras la escribo.

Ciudad Cuauhtémoc, Chih.